

volví al más sereno aburrimento de la Escuela, no pudiendo vivir sin comercio con el mundo de las grandes letras, me puse a devorar lo que nos queda del teatro griego en las excelentes versiones que tenemos en castellano. Por ese tiempo eran nuevas las ediciones de la Universidad de Chile y novísimas las de la Universidad Nacional de México. ¡Qué distintas estas versiones de los resúmenes insulsos! Me supieron a fruta verdadera mientras que los resúmenes me parecieron desde entonces como los malos cromos de naturaleza muerta con que en algunas casas se adorna los comedores. Leí y leí y leí.

El desaplicado no volvió a la Escuela. Se enredó con la necia que me había tocado a mí primero. Veníamos de regreso cuando peleamos ella y yo. Fastidiado, cansado, con hambre, desilusionado, y falto por completo de ese don especial que es la paciencia en su grado máximo y que se expresa en poder soportar más de una hora a una muchacha de las que hablan sólo de cine, quién sabe qué grosería le diría a la criatura hablantina. Ella se echó a llorar, el desaplicado intervino, me guiñó el ojo significándome que siguiera adelante, y los dos se quedaron atrás, él para consolarla y darle explicaciones, ella para dejarse consolar. El consuelo fué eficaz. Ya va a la escuela y es el vivo retrato del papá. Pero, digo, el desaplicado no regresó al seno de la desnaturalizada *Alma Mater* como han dado en llamar a los colegios los que saben que así los llaman en los Estados Unidos.

Siempre he pensado que otra suerte hubiera corrido el desaplicado si en vez de resúmenes y de juicios de Cantú y de peores que Cantú, la tal *Alma Mater* le hubiera dado a conocer los clásicos directamente. Algunos de mis lectores habrá que estudiaron conmigo en aquella época. Recordarán el escándalo en que se metió el desaplicado, y cómo un político influyente lo hizo salir bien de ese embrollo y lo convirtió en político. Pero he creído también que menos desgraciado fué él que todos aquellos otros que nunca lograron vislumbrar siquiera que los resúmenes eran imbéciles e imbecilizadores. Estos quedaron incurablemente imbecilizados. Los conoceréis fácilmente en cualquier parte. Para ellos los cromos son el arte, la obertura de Guillermo Tell y la bullaranga de Poeta y Aldeano son la música. ¡Claro! Se les enseñó que los resúmenes son la literatura. El Estado pagó profesores para que enseñaran literatura, y los profesores enseñaron... resúmenes. Se comprende que, entre la gente a quienes los colegios les han dado sello y diploma de ser cultos, se ponga en marcos dorados los anuncios de la casa Bayer pero se deteste las preciosas maderas de Amighetti; se comprende que Bogumil Sykora haya tenido vacío tras vacío en sus conciertos del Teatro Nacional, ese fastuoso monumento del mal gusto; se comprende también que, una vez fuera de la Escuela, y aún estando en ella todavía, los clásicos abrumen a los jóvenes mientras que Paul de Kock y Ponson du Terrail y Ricardo León y Felipe Trigo y Vargas Vila y Blasco Ibáñez les encan-

tan; se comprende, en suma que tengamos una intelectualidad a ras de suelo. Ya oiremos en el Congreso del Niño al Dr. Luján arremeter contra la situación existente, en la que a millares de criaturas, en vez de leche, se les da agua azucarada, con lo que se crían raquíuticos. ¡Que alguien dijera algo del agua azucarada de los resúmenes con que en los colegios se nutre a los cerebros infantiles en vez de darles la leche vivificante de los libros!

Cada vez que voy a San José, me asombro de la riqueza que posee la Biblioteca Nacional en obras clásicas. Ahí están, en griego y en latín, y en inglés y en francés, ¡y en castellano! Denso polvo las cubre. Abre uno esos libros y corren entre sus páginas pequeños animalillos de aspecto antediluviano, diminutos monstruos semejantes en forma, me figuro, a los grandes que reptan entre olvidadas ruinas de antiguas civilizaciones. La Biblioteca es casa de libros. Las casas son para vivir. Los clásicos debieran vivir en la Biblioteca Nacional. Pero no viven. Debieran dar y recibir calor, que eso es la vida. Debieran calentarse con la mirada de los jóvenes, con las manos de los jóvenes. Pero los jóvenes no van a la Biblioteca. Lo digo como regla general. Y cuando van, no es a buscar a los clásicos. Nuestros profesores de literatura ahuyentan de la Biblioteca a los jóvenes, por obra y gracia de sus benditos resúmenes. Cuando se expulsó de la Escuela al desaplicado escandaloso él se alegró. «Tengo suerte—dijo.—Prefiero quedarme ignorante a que me hagan estúpido a la fuerza».

El desaplicado, con su admirable visión directa de las cosas, dijo una gran verdad. Quienes abogan porque se cierren los colegios, no son necesariamente enemigos de la cultura. Algunos han comprendido que los colegios son pura farsa. Alrededor de las reformas que ha querido introducir Don Justo en su ac-

tuación de Ministro de Educación, abundan los comentarios. Aquí va el mío: Don Justo también se ha dado cuenta de que en los colegios se da gato por liebre, y tiene el loable empeño de salvar a los gatos; quiere que para algo sirvan los colegios y que la imbecilización sistemática se reduzca a un mínimo. Las reformas introducidas en el Colegio de Señoritas son las que más bulla han provocado. Se exagera hasta llegar a decir que Don Justo quiere convertirlo en Escuela de Cocina. No es así, pero, si lo fuera, razón habría de sobra. Es preferible que las jóvenes aprendan a cocinar, que eso sirve para algo y es elevado ministerio de la mujer, que no que aprendan resúmenes.

La situación del Colegio nos la pinta un punto: el año pasado se graduó bachillera allí una señorita, una sola por dicha, que no tuvo en sus exámenes ni la más leve falta de ortografía. Funesto ejemplo. Por ese camino se iba a la perdición. Lo esencial es aprender a hacer una buena torta de huevos aunque se omita la *h* que ya no tiene razón de seguir frente a la *u* desde que la *u* dejó de confundirse con la *v*. Si Don Justo fracasa, lo mejor entonces sería suprimir la Biblioteca. Porque, ¿de qué sirve que allí se tenga las tragedias de Esquilo en las versiones de Brieva Salvatierra y del Padre Salas; las de Sófocles en las del maestro Hernán Pérez de Oliva, de Vicente García de la Huerta, del Padre Arnal, de don Pedro Estalá, de Musso y Valiente, de González Garbín, de Pérez Rojart y del ilustre mejicano González Herrán; y las de Eurípides de Miez y Barbery y de don Eduardo de Mier, cuando, sin temor a ser punido, se puede decir sentenciosamente que, para hacer un profesor de literatura los resúmenes de las tragedias principales del teatro ateniense, tiene que acudir a versiones francesas?

Persiles

Heredia, marzo, 1931.

**Defendamos nuestra energía eléctrica**

(En el día de Juan Santamaría)

= Envío del autor =

Ahora que un enemigo externo, con la cooperación de algunos enemigos internos de nuestro país, quiere apoderarse de nuestra energía eléctrica, que es nuestra principal riqueza y que al mismo tiempo es la base de nuestro poder y de nuestra independencia económica y política, tratando de desquiciar, por medios hábilmente dirigidos, nuestro Servicio Nacional de Electricidad, instituido para custodia de los *más grandes intereses del Estado*, precisa que todos los costarricenses, hombres y mujeres, jóvenes y niños se den cuenta de la trascendencia del momento actual y asuman la actitud de defensa que en los momentos de peligro para la Patria corresponde a los verdaderos patriotas.

Consideremos todos y grabemos en

nuestras mentes, de modo indeleble, estas verdades:

1.<sup>a</sup>—Costa Rica posee, en sus aguas elevadas una enorme reserva de potencia hidráulica. Según cálculos aproximados, esta potencia sería de dos y medio millones de caballos de vapor, y es, según una Ley de la República, *propiedad exclusiva del Estado*.

2.<sup>a</sup>—Cuando esta potencia se utilice, transformándola en Energía Eléctrica, tendrá un valor comercial de unos *trescientos setenta y cinco millones de colones por año*.

3.<sup>a</sup>—Esta energía constituye la *principal riqueza de Costa Rica* y es ella sola, *mucho mayor que nuestras demás riquezas*